

PRÓLOGO (extractos)

A la esposa del General Francisco Serrano la conocíamos muy poco y Trinidad Ortuzar nos la ha mostrado como un personaje femenino enorme. Además de su inteligencia, tenacidad y fuerza de espíritu, la belleza fue una de las armas principales de la Duquesa. Guapísima, exótica, atractiva, elegante, completaba sus cualidades personales con un absoluto dominio de la imagen. Su utilización de la última moda era magistral. Sabía vestirse y gastaba fortunas en comprar trajes, zapatos, sombreros, adornos. Las joyas eran su debilidad. Verla aparecer en una fiesta, casi siempre vestida de blanco, su color preferido, enojada como una reina, absolutamente radiante, debía resultar un espectáculo inolvidable. Los periodistas de la época nos han dejado descripciones impresionantes. Algunos cuadros y fotografías lo corroboran exactamente.

Esposa y madre de familia, resulta fascinante observar las complejas relaciones que mantuvo con su esposo, veinte años mayor que ella, muy enamorado, sobre el que tuvo siempre un ascendiente excepcional. Igualmente interesantes las relaciones con cada uno de sus cinco hijos, María de la Concepción, Francisco, María Josefa, Ventura y Leopoldo. Lo que hizo esta mujer por su familia, generosamente, pero en cierta manera también muy egoístamente, fue algo excepcional. El modo en que impulsó la carrera de su esposo es un modelo de estrategia, de valor y de energía. Las tácticas que utilizó para colocar bien a sus hijos, negociando ventajosos matrimonios, más que amor materno son ejemplos paradigmáticos de sistemas de afianzamiento y de promoción social, a pesar de que alguno de estos enlaces resultó muy desafortunado y le ocasionó muchos sinsabores. Ya mayor, el cariño y la preocupación por sus nietos puso el broche de oro a su vida familiar.

Todos sus escenarios son fundamentales para su vida y para la historia de la época. Sus primeros años en Cuba, con todo lo que la isla suponía entonces para España. Su traslado a Madrid, donde se casó en 1850 con el general Serrano, entonces ya Teniente General y Senador del Reino. Después París, cuando su marido fue nombrado en 1856 Embajador en Francia y donde triunfó plenamente en la Corte de las Tullerías del emperador Napoleón III y de su esposa, la emperatriz Eugenia. De nuevo en su Cuba natal en 1859, al ser nombrado Serrano capitán general-gobernador de la isla.

Casi siempre Madrid, primero rivalizando en esplendor nada más y nada menos que con la misma reina Isabel II, con el detalle perturbador de ser

entonces bien conocida la relación de la reina con Serrano. Tras la Revolución, momento culminante fue el nombramiento de Serrano como Regente del Reino, con tratamiento de alteza (15 de junio de 1869) lo que convirtió a la duquesa, como esposa del regente, en la primera dama de España. Sobresaliendo fuese cual fuese la situación política, incluso en etapas de hostilidad como la que mantuvo contra Amadeo de Saboya y su esposa. De nuevo en la cumbre con la proclamación de la Primera República, cuando Serrano se convirtió en presidente (enero a diciembre de 1874). Sin recuperar la primera posición con la Restauración, a la que siempre se opuso más o menos claramente.

En la última etapa de su vida Francia fue su escenario preferente. Otra vez en París, en 1883, al ser nombrado Serrano embajador de España en Francia, aunque resultó una experiencia mucho menos agradable que la de su primera estancia. Finalmente, muerto su marido en 1885, ya viuda, pasó temporadas en la capital francesa, hasta acabar sus días en el retiro dorado en Biarritz, donde murió en 1917, en plena primera Guerra Mundial.

Fuese cual fuese el lugar y cualquiera que fuera su condición, era siempre una mujer destinada a sobresalir. Brillaba con luz propia. Uno de los grandes aciertos de esta magnífica biografía es recoger esa faceta social y festiva de su vida. Las grandes recepciones que organizaba y a las que asistía, fielmente reseñadas en toda la prensa de la época, reflejan muy bien el placer de vivir al que se entregaban las clases altas europeas del siglo XIX. Residencias de lujo, de las que algunos testimonios interesantes han quedado en Madrid y en París, fueron el marco apropiado para el lucimiento de la Duquesa.

La frase tradicional que, con un cierto menosprecio hacia el papel de la mujer en la vida y en la historia, dice aquello de "Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer" resulta cierta pero insuficiente en el caso del General Serrano y de su esposa. Tal vez habría que afirmar que "Detrás de toda gran mujer hay un gran hombre". Ambas consideraciones son verdad en este caso. Después de haber leído primero la biografía de Serrano y luego la de la Duquesa, creo que no se puede explicar al Duque sin la Duquesa y tampoco a la Duquesa sin el Duque. Y no sólo desde el punto de vista familiar y doméstico, sino sobre todo desde la perspectiva política y social. De la misma manera que era muchísimo lo que Serrano debía a su esposa, y por muy dominante que fue la Duquesa, ella debía su poder y su influencia al enorme papel desempeñado por el General Serrano a lo largo de la complicada historia de la España decimonónica.

Probablemente en el caso que nos ocupa sería todavía más exacto decir que detrás de todo gran hombre hay no sólo una gran mujer, sino dos. Me

refiero, claro está, a la duquesa de la Torre y a la biógrafa de los dos, Trinidad Ortuzar, quien valientemente emprendió la difícil tarea de escribir las dos biografías, primero la de él, luego la de ella. Insisto, no se comprende la una sin la otra, y sin las dos no se comprende del todo la historia del siglo XIX español. Tenemos que agradecerle a la autora el ingente trabajo asumido, con el que nos ha ilustrado primero sobre la vida de un hombre extraordinario y después sobre la vida de una mujer extraordinaria, a través de las cuales se nos revela en plenitud la política, la sociedad y la cultura de la España decimonónica. Sabemos así más historia de España y comprendemos mejor sus luces y sus sombras.

MARÍA ÁNGELES PÉREZ SAMPER
Catedrática de Historia Moderna
Universidad de Barcelona

